

De una gran catástrofe natural a una mayor de tipo social / En el onceavo aniversario del sismo de 1985*

Arturo Bonilla*

A la memoria de Víctor M. Bernal: excelente economista, luchador social y buen amigo.

A once años de que la población de la Zona Metropolitana de la ciudad de México, sobre todo, padeció la enorme tragedia provocada por el sismo del 19 de septiembre de 1985 y seguido por otro de menor intensidad un día después y como un recordatorio de lo que ocurrió hace once años y también como un modesto homenaje a todos los caídos y afectados por dicha tragedia, se ha considerado conveniente hacer un rápido y somero balance de lo que se hizo y todavía se hace por lograr la plena recuperación de los daños provocados por los sismos de 1985. También se presentan algunos avances que se han hecho para prevenir situaciones de desastre.

Como se recordará, tan pronto como se supo en el mundo de la magnitud de la catástrofe sufrida por el pueblo mexicano, las muestras de solidaridad internacional se dejaron sentir; pueblo y gobierno expresaron su agradecimiento ante tan necesaria muestra de apoyo internacional

Solidaridad popular ante los sismos

Los dos más grandes temblores que cimbraron a una parte del país y en especial la zona metropolitana de la ciudad de México

* El testimonio que aquí se presenta es la actualización y el resultado de dos conferencias en las que el autor participó. La primera de ellas fue en 1985 y la segunda diez años después, con motivo del Décimo Aniversario de conmemoración del sismo de 1985.

• Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, (IIEc.), UNAM.

(ZMCM), dejaron una estela de destrucción, muerte, heridos, gente sin vivienda y sin empleo, en proporciones de catástrofe. Con una tragedia de tan enorme magnitud como la que afrontó el país a partir de los terremotos sobre todo en los primeros días, el problema rebasó la capacidad de acción de los organismos creados para estos fines ya sea del gobierno, o de tipo civil o religiosos: improvisación en las labores de rescate, falta de un plan general, descoordinación de diversos cuerpos participantes, insuficiente número de equipos de rescate y descoyuntamiento de las comunicaciones.

Frente a actos de heroísmo, entrega y gran solidaridad también en forma dramática y brutal salieron a la luz nuestra desorganización y subdesarrollo: gente que con sólo sus manos quitaba escombros para buscar a sus seres queridos, pues pese a la entrega de los equipos de rescate, la magnitud de la tragedia los superó en número y hasta en la insuficiencia de equipo; gente que quería ayudar pero que se llegó a quejar de haber sido obstruida por la acción de aquellos elementos del ejército y la policía, comisionados para evitar la rapiña de los civiles. Así también hubo brigadas internacionales de rescate que no fueron aprovechadas cabalmente, además hubo actitudes patronales peligrosas, al exigir el regreso al trabajo en condiciones de gran riesgo que en algunos casos cobraron sus víctimas, deseo de algunas autoridades por restablecer la normalidad de las actividades cotidianas pero que impedían el trabajo de los brigadistas en búsqueda de los últimos sobrevivientes, y por si no fuera suficiente, también se presentaron actos de rapiña de gente poco escrupulosa, junto al abuso de comerciantes voraces que subieron precios de mercancías aprovechando la situación.

Un siguiente problema que se acentuó fue el de la vivienda, pues es probable que entre 100 000 a 200 000 personas se hubieran quedado repentinamente sin hogar. En orden decreciente de importancia se podía señalar al sector salud, con su secuela de destrucción de importantes centros de atención hospitalaria como el antes llamado Centro Médico Nacional, el Hospital Juárez y el Hospital General, entre otros, pero además las clínicas y hospitales que continuaban en servicio ya afectados por los recortes de sus presupuestos. A partir de esos momentos tuvieron que enfrentar el aumento de las cargas de

trabajo no sólo para atender los heridos de los sismos, sino para hacer frente a la demanda de servicios que se otorgaban en las instalaciones hospitalarias destruidas y que estaban catalogadas como de las más grandes del país.

Otro problema no menos grave fue el de la pérdida de empleo de varios nuevos miles de desocupados, probablemente fueron de poco más de 10 000, sólo en la ciudad de México. También se consideró el cumulo de daños que resintieron los centros escolares. Tan sólo en esta ciudad se estimó que 143 escuelas quedaron dañadas, varios miles de niños en las zonas más afectadas no pudieron pronto reanudar sus clases. Asimismo se dañó parte del patrimonio cultural del país.

La afectación de servicios básicos provocada por los sismos también se manifestó inmediatamente con problemas de abastecimiento de agua y electricidad y suministro alimentario. Las zonas más perjudicadas fueron las colonias densamente pobladas en donde habita gente con escasos recursos: Netzahualcóyotl, Tepito, Morelos, la Doctores, la Obrera, entre otras. A la precariedad e insuficiencia de los servicios básicos de la población de bajos ingresos, típicos de la mala distribución de los recursos ciudadanos, a partir del sismo se agregarían los problemas provocados por los temblores.

Ante una situación tan dramática, lo primero que resaltó como respuesta fue la amplia movilización popular en las zonas afectadas para buscar sobrevivientes, atender heridos, ofrecer alimentos y refugio a los que quedaron sin vivienda. La solidaridad expresada por el pueblo mexicano fue la muestra más extraordinaria de calor humano, de respeto y cariño hacia los desvalidos en donde se registraron muchos casos de heroísmo.

La enorme fuerza de los temblores complicó los problemas, de suyo graves, ya existentes en esos momentos. Desde luego el más grande y doloroso es la enorme pérdida de vidas que en tentativas cifras oficiales alcanzó los 6 000 muertos a lo que habría que agregar varios cientos de personas que han quedado lesionadas de por vida. Miles de familias perdieron a uno o más parientes y no son pocos los casos en que la gente perdió, a más de sus seres queridos, sus viviendas y hasta el empleo al destruirse o quedar inservible el centro de trabajo. Otro aspecto de la tragedia, difícil de estimar, pero que estuvo presente, es

el estrago psicológico que en diversos grados, sufrió toda la población afectada directa o indirectamente por los sismos

Las causas de la catástrofe

La magnitud del primer sismo fue tan grande que en forma inmediata se podría atribuir la destrucción de las edificaciones a la fuerza natural del siniestro. Igualmente no sería incorrecta la afirmación —que rondó por diversas partes— en el sentido de que si las edificaciones se cayeron o quedaron en mal estado, se debió a la voracidad de los contratistas y a la corrupción y lenidad de funcionarios públicos que permitieron su construcción.

Ante la gravedad del problema se requería de una explicación, pero mucho se manejaron ambas concepciones en la prensa con distintos niveles de énfasis, las que a nuestro juicio fueron parcialmente correctas, pues si bien nadie negó la intensidad de los terremotos, tal y como lo planteó en su momento, el director del Instituto de Geología de la UNAM, tampoco se puede negar que muchas de las edificaciones siniestradas fueron incorrectamente construidas.

En efecto, la ciudad de México geológicamente hablando se encuentra ubicada en el Eje Volcánico, que atraviesa al país desde el Golfo de México hasta el Océano Pacífico. Varios volcanes indican su presencia desde la Cumbre de Naolinco en el estado de Veracruz, hasta el Nevado de Colima y el volcán del Fuego, en el propio estado de Colima, hoy día, por cierto, que junto con el volcán Popocatepetl, éste último cercano a la ciudad de México, muestran alguna actividad volcánica. Con frecuencia dos enormes placas geológicas se rozan: la Placa de Norteamérica y la Placa de Cocos, cuando ello ocurre se libera energía en vastas cantidades.

Problemas generados por el sismo

Algunos de los problemas generados por los sismos acentuaron problemas ya existentes con anterioridad (el caso de la vivienda es el más notorio), y en otros casos se provocaron nuevos

problemas. Con el objeto de puntualizar algunos aspectos señalaremos los siguientes:

- Disminución temporal de ingresos del sector público por el descoyuntamiento de algunos sectores de la producción pero sobre todo de los servicios. Junto a este fenómeno resurgió otro que acentuó el problema: aumento del gasto gubernamental para hacer frente a las necesidades inmediatas surgidas por la acción destructiva de los sismos.
- Por lo anterior hubo presiones para elevar en mayor escala los precios y sin que necesariamente hayan subido los salarios.
- La mayor escalada de los precios aumentó a su vez la desvalorización del peso mexicano.
- Se reanimó la industria de la construcción —una de las más afectadas por la crisis— pero ello impulsó el incremento del precio de los materiales de la construcción.
- Pese al empeoramiento de la situación, siguió inflexible la banca trasnacional en materia de pago de la deuda.
- Afectación de cientos de trabajadores que o se quedaron sin empleo por no quererse trasladar a donde les propusieron, o bien enfrentaron problemas de traslado súbito sin que se hubieran tomado las providencias necesarias de vivienda, transportación y en general de diversos servicios que acentuaron los problemas ya existentes de insuficiencia de servicios en diversas ciudades del país a donde se ubicaron las nuevas instalaciones.
- Se estuvieron haciendo peticiones en forma reiterada de parte de las autoridades públicas y de las cúpulas empresariales, para que los trabajadores entregaran miles de horas de trabajo gratuito. También hubo presión de dirigentes sindicales —caso de la CTM— para que se entregara un día de salario y no se solicitara el aumento a los salarios mínimos por lo pronto.
- Por el contrario, a la empresa privada se le permitió deducir de sus impuestos los donativos que hiciera.
- En general hubo presión de las autoridades gubernamentales para que los trabajadores siguieran sacrificándose.
- Se presentó una incapacidad temporal del Estado para lograr el funcionamiento que se tenía en el sector salud hasta

el momento de los temblores, para atender a la población enferma, la que aumentó por el gran número de heridos de los temblores. Lo mismo se podría decir en la atención a los escolares que asistían a aquellas escuelas destruidas o dañadas.

- Si ya la crisis se había acentuado desde 1982, lo que ya había dificultado los programas de inversión del Estado, con el sismo el problema se acentuó. Parte de esos proyectos de inversión tuvieron que ser abandonados temporalmente, para hacer frente al aumento de los gastos de atención a los damnificados.

¿Qué hacer?

El planteamiento de esta interrogante rebasó la capacidad de imaginación individual y para responder adecuadamente se necesitó del concurso de las autoridades públicas, de las organizaciones caritativas, religiosas y laicas, de los organismos profesionales y del aporte de los partidos y organizaciones políticas así como de los sindicatos, también se sumaron expertos, de las más diversas especializaciones: sismólogos, geólogos, arquitectos, ingenieros, médicos, psicólogos, enfermeras, estudiantes y miles de trabajadores de los más diversos oficios y por supuesto, también dieron sus propuestas y acciones los propios afectados. Lo importante es que todo mundo hacía sugerencias, como una expresión de voluntad política en torno a la cual se conjuntaron opiniones y esfuerzos, así fuera en forma inorgánica.

El principal problema que afrontó el pueblo mexicano ante una catástrofe de las proporciones de la que se padeció, fue el de mantener la unidad para centralizar y potenciar sus fuerzas. Pero ¿quién podría lograr esa unidad? Esta era la cuestión toral.

Con independencia de que hubo muchas opiniones y un enorme conjunto de organismos dispuestos a conjuntar esfuerzos, también hubo sin duda desconfianza, celos políticos, competencia y rivalidad, tanto los originados por la posición de clase —sea ésta económica o ideológica, como por el distinto grado de afectación que el sismo provocó en la población. Saltó

a la vista además, la despolitización del pueblo mexicano y su parcial desmovilización, pero que en esos momentos de angustia se desvanecía.

Dos grandes corrientes de opinión se perfilaron respecto a cómo impulsar las tareas de reorganización de todo el esfuerzo de reconstrucción. De un lado estuvo la posición dominante que consideraron necesario cerrar filas en torno al gobierno del país, no sólo por el hecho objetivo de ser el organismo que podía movilizar al Estado en su conjunto, sino también a amplias capas de la población, sobre todo trabajadores incorporados al Congreso del Trabajo, a la CNC y a la CNOP. Y no sólo eso, sino que además el Estado contaba con los recursos financieros y técnicos y una fuerte influencia en los medios de comunicación. Todo ello, para hacer frente a la enorme tarea.

De otro lado, muchos organismos políticos, sociales, laicos y religiosos que se han mantenido desde hace tiempo, o tratan de mantenerse al margen de las acciones del Estado, los que en algunos casos, incluso, y en no pocas ocasiones también se han opuesto a ciertas medidas del mismo. Casi todos esos organismos, mantuvieron la opinión de que la unidad y movilización del pueblo mexicano debía hacerse al margen del Estado y del gobierno en particular. Esta idea se vio alimentada, no sin fundamento, en la penosa experiencia de que el Estado ha actuado al margen y a veces en contra de los intereses de tal o cual sector de la población.

En efecto, en abono de esta concepción estaban hechos tan contundentes como el propio desgaste que la imagen del Estado había estado sufriendo, sobre todo ante capas medias descontentas por la crisis la que volvió a tomar fuerza a partir del año de 1982 y cuyos efectos se habían prolongado y profundizado hasta el momento mismo de los temblores. A ello se aunaba la desconfianza por la corrupción, el burocratismo, el autoritarismo y la injusticia tan prevaleciente en los medios oficiales. Ya más concretamente la gente recordaba como nunca se dio cuenta cabalmente del uso de los fondos para pagar a los banqueros después de la expropiación y de cómo el gobierno de López Portillo, decidió abrir una cuenta bancaria para que en ella, la gente depositara sus aportaciones, con la peregrina idea de con esos recursos se pagaría la deuda externa. Por cierto que a los petroleros, muy en contra de su voluntad, ello les costó un

día de salario. En fecha más cercana a los sismos de septiembre de 1985, estaba también la no muy buena experiencia habida con la ayuda a cuenta gotas, que se otorgó a los damnificados de San Juan Ixhuatepec en noviembre de 1984, como resultado de las grandes explosiones de tanques de gas de Pemex.

La posición que sostuvieron muchas fuerzas de la sociedad civil para lograr la más amplia solidaridad nacional en torno a las víctimas del desastre, pero en forma independiente a las medidas que podía desarrollar el Estado, se intentó perfilar más allá de la mera atención de las víctimas. Estas fuerzas grandemente dispersas trataron de organizar a distintos sectores de la población para la realización de diversas medidas, desde aquellas que llamaban a la unidad de inquilinos afectados por el sismo, para que se les otorgara vivienda como para que estuvieran en permanente movilización y vigilancia, respecto a la forma en que el Estado pretendía llevar adelante las tareas de movilización y organización para el trazo de nuevas edificaciones y de que no fueran hechas al margen de la vigilancia popular.

Sin duda, hubo que luchar por la más amplia concientización y movilización popular para influir y aun cambiar directrices gubernamentales que no tuvieran en cuenta la opinión mayoritaria, pero también con frecuencia se cayó en un grave error, al caer en el más elemental antigobiernismo, lo que conllevó a un desgaste y obstaculización del propósito central: agrupar fuerzas para buscar soluciones a la gente perjudicada por los sismos.

Por otro lado, la magnitud de la catástrofe popularizó, por fortuna, la idea de que en las condiciones de postración en que había quedado el país era muy difícil pagar la deuda, externa, incluso un organismo como la Concamin, propuso que no se pagaran 13 000 millones de dólares de intereses para utilizarlos en la tarea de restituir los daños de la catástrofe. A nivel internacional y con sus variantes pero en ese mismo tenor, se pronunciaron el Presidente del Perú, Alan García y el Presidente José Sarney de Brasil, e incluso en editoriales de los periódicos *Washington Post* y el *New York Times*, se manejó el argumento de que sería muy difícil para México cubrir sus obligaciones financieras por la magnitud de la catástrofe. El propio Presidente de la República, Miguel de la Madrid, señaló

las dificultades que se presentarían al país para pagar la deuda. En efecto, si a más de los costos de la catástrofe se aunaba la continua baja de los precios del crudo, que como se recordará era en esos momentos el principal aportador de divisas.

La tesis del no pago de la deuda se vio reforzada con esta nueva calamidad que azotó al país, pero era necesario avanzar más en una incesante explicación de la importancia que el pago de la deuda tenía y tiene, como principal factor de la crisis del capitalismo mexicano.

Un siguiente aspecto que es conveniente recordar estribaba en el hecho de que la política neoliberal que había realizado el Estado desde que MMH asumió el poder, política que consistió en aplicar medidas de tipo contraccionista para acabar con la inflación, se vio seriamente golpeada. La catástrofe obligaba al Estado a aumentar sus gastos de asistencia social —aun en contra de las ideas que sustentaban los expertos del FMI y de los neoliberales de dentro y fuera del propio gobierno mexicano. Era necesario, por lo mismo, la movilización popular para que el Estado hiciera frente a las necesidades de los afectados por los sismos, aun a riesgo de que el déficit fiscal se acelerara, pues no era lo mismo que dicho déficit aumentara para atender a la población que por otras causas.

Asimismo, para que el déficit fiscal no aumentara se hacía necesario que hubiera habido una suficiente movilización de fuerzas populares a efecto de presionar al Estado para que elevara la carga fiscal a los grandes y medianos capitalistas poseedores de una gran parte importante de la riqueza nacional, a fin de que se cubrieran una parte de los gastos que se llevaron a efecto para atender a los damnificados.

El esfuerzo de reconstrucción

La reconstrucción de las partes dañadas de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, provocadas por el sismo de 1985, ha sido una tarea ardua y penosa no cabalmente concluida como más adelante se indica. Pero una cuestión hay que dejar establecida: la reconstrucción se ha venido llevando a cabo en medio de una crisis prolongada (en la llamada década perdida)

lo que ha dificultado y retardado el proceso de reconstrucción física.

- Primeramente hay que destacar que en un plazo relativamente corto de unos cuantos meses, se logró el arreglo de los daños que se tuvieron en las líneas eléctricas tanto en su cableado, transformadores, como en su postería, así también en las líneas telefónicas, los ductos de gas y petróleo, las partes averiadas del drenaje, la conducción del agua potable, la reparación de calles y avenidas, la recolección de escombros de los edificios destruidos o severamente dañados.
- Por el alto costo de su reposición no se ha tenido el mismo éxito en materia de construcción de nuevos edificios e instalaciones existentes. De este modo, aunque se ha avanzado mucho al respecto, todavía se pueden ver solares baldíos en donde antes hubo edificaciones. Esto último es particularmente visible en la céntrica avenida Juárez, así como en algunos lugares de la colonia Roma.
- Debido a las restricciones en el presupuesto del Departamento del Distrito Federal (DDF) y del gobierno federal, varias de las edificaciones de tipo público dañadas, han tenido un proceso de reconstrucción aun no concluido, como lo es el caso del ahora llamado Centro Médico Siglo XXI, antes Centro Médico Nacional, y del antiguo Hospital General. En otros casos las autoridades han decidido construir jardines, así sean de concreto, como lo es el caso de la hoy Plaza de la Solidaridad y en el terreno del edificio que albergaba a lo que era la Secretaría de Industria y Comercio, en la avenida Cuauhtémoc.
- Se puede considerar que el punto más exitoso y de mayor beneficio social que emprendieron las autoridades del DDF, pese a diversos conflictos, ha sido primeramente, la rápida instalación de campamentos por diversas partes de la Ciudad de México, para albergar a los damnificados. En una segunda etapa también exitosa y de mayores efectos benéficos y prolongados, ha sido el programa para la construcción de viviendas para los damnificados. Si bien todavía hay algunos cientos de damnificados que no se han visto beneficiados con dicho programa, lo cierto es que se puede

afirmar que casi se ha logrado concluir la dotación de viviendas. Las nuevas viviendas son modestas en su hechura pero en muchos casos son mejores respecto a las que habitaban anteriormente sus moradores. Es de elogiarse ésta medida de las autoridades del DDF, principalmente Manuel Aguilera Gómez,¹ si se toma en cuenta que las personas beneficiadas perdieron muchas y a veces todas sus pertenencias y ya no se diga de la peor de las pérdidas que les afectaron a muchos de ellos, con la muerte súbita de muchos de sus seres cercanos y queridos, o bien de haber tenido heridos y hasta lisiados de por vida.

- Aun cuando la demolición de edificaciones dañadas se ha llevado varios años, con frecuencia se han presentado conflictos de intereses entre los inquilinos de tal o cual edificio y las autoridades del DDF, en donde han salido a relucir la prepotencia y hasta la irresponsabilidad de dichas autoridades, al resistirse a la demolición. El caso más notable, pero no único, ha sido la querrela de los habitantes del conjunto Tlatelolco que han venido denunciando que varios de los edificios que habitan están dañados por el sismo pero que ello no se reconoce, ó si se hace, se le dan dilaciones a la solución.
- No se tiene un censo respecto a los centros de trabajo que fueron dañados o de plano destruidos por los efectos del sismo de 1985. Lo cierto es que muchos talleres de costura, sobre todo de los que estaban instalados en la avenida San Antonio Abad y terrenos circundantes, entre otras fábricas dañadas, ya no se pudieron reabrir y quedaron sus trabajadores sin empleo. Tampoco se tienen cifras plenamente confiables respecto a los centros de trabajo que han tenido que cerrar y despedir a sus empleados a consecuencia de la crisis que ha azotado al país de tiempo ha, o por los efectos combinados del sismo y la crisis.

Lo que si se sabe es de uno de los casos más dramáticos y crueles respecto a la ambición humana desmedida, como fue el caso de las costureras. Como se recordará, las trabajadoras

¹ Fue director del Programa de Renovación Habitacional Popular de 1986 a 1987.

fueron obligadas por sus patrones a trabajar en los talleres dañados por el sismo. Ellas no querían laborar por considerar que las instalaciones no ofrecían suficiente seguridad. Pero como la necesidad de sobrevivencia y de mantener el empleo las acicateaba, entraron a trabajar en esas condiciones deplorables y de alto riesgo. Las instalaciones se vinieron abajo y quedaron sepultadas y heridas varias docenas de trabajadoras de la costura, a quienes, dicho sea de paso, las autoridades de la Secretaría del Trabajo no les habían querido reconocer su sindicato. Sólo hasta que se supo de ésta tragedia se les reconoció a las trabajadoras su sindicato independiente. Ni hablar, infortunadamente, así están muchas cosas en nuestro país.

Las medidas preventivas

Aun cuando se dista mucho de que nuestro país tenga un manejo adecuado del paquete de medidas de carácter preventivo, que se requiere tomar en todas aquellas ocasiones en que se presenten sismos, como por ejemplo, las que se han establecido en Japón (país de alta sismicidad), no se puede escatimar lo que se ha avanzado en el país en esta materia.

Sin pretender presentar en forma exhaustiva los avances que se han logrado al respecto, se pueden señalar las siguientes medidas:

- Por parte del Departamento del Distrito Federal, se han mejorado los requisitos de construcción de nuevas edificaciones en la Ciudad de México, con el objeto de disminuir los riesgos de desastres con base en normas de construcción mas exigentes, sobre todo para edificios que pudieran albergar a un gran número de personas.
- Desde el sismo de 1985 se han venido organizando programas escolares de educación de los niños para la prevención de desastres provocados por la sismicidad de las capas geológicas en las que está asentada la Ciudad de México.
- Desde esa trágica fecha también en forma periódica se han organizado campañas de publicidad en los medios de comunicación, sobre todo en la televisión, con el objeto de concientizar a la población respecto a las medidas a tomar en caso de la presentación de temblores.

- En todos aquellos casos en que se percibió la posibilidad de riesgo en el uso de edificaciones existentes al momento del sismo, que no se derrumbaron, pero que podrían tener alguna falla, se organizaron por parte del DDF, comisiones *ad hoc* para hacer estudios técnicos respecto al estado que guardaban las edificaciones. En cada edificio revisado y aprobado se instalaron placas alusivas a su revisión.
- En todos los edificios en donde hay afluencia numerosa de personas o en donde están trabajando muchas de ellas, se han instalado placas y carteles explicativos de que hacer en caso de sismos o incendios.
- El estudio de la sismicidad de las capas terrestres de la ciudad de México y de otras partes del país ha venido recibiendo mayor apoyo y atención que el que existía antes del sismo de 1985. No se pueden echar las campanas a vuelo, sin embargo, respecto a este asunto pues todavía es insuficiente el apoyo que en este rubro se le da a la investigación geológica y en especial a la sismológica. Pero se avanza.
- Es muy importante hacer notar que con motivo de la conmemoración del décimo aniversario de la tragedia de 1985, en el Instituto de Geología de la UNAM, se inauguraron las primeras 12 estaciones sismológicas de un total de 20, que conforman la Red Sismológica Nacional de Banda Ancha, dependiente del Servicio Sismológico Nacional. Con ello se mejora el estudio y detección de temblores (véase la *Gaceta UNAM* del 21 de septiembre de 1995).
- Aunque ha tenido algunas fallas, se ha instalado una alarma por radio, que avisa de temblores con una antelación de un minuto, a fin de alertar a la población de la posible presentación de sismos. Se trata de un meritorio esfuerzo nacional.
- Aunque también con insuficiencias, limitaciones en la dotación de equipo de rescate y fallas de distinto naturaleza, hay que puntualizar que se ha dado mayor atención a la conformación de brigadas de ese tipo, así como a su preparación técnica, para estar en menos malas condiciones para afrontar rescates y auxilios necesarios e indispensables para asistir a las personas siniestradas por algún temblor.

Reorganización social y política de la población

La inercia, el olvido y la campaña en los medios de comunicación de que todo ya se estaba normalizando, fueron factores que limitaron la posible elevación de la conciencia popular de la magnitud del desastre. Contra eso hubo que luchar. Asimismo, la lucha de los trabajadores se enfrentó a dos cuestiones ligadas entre sí, la ofensiva del gran capital para hacer recaer la carga de la crisis en los hombros de los trabajadores, a lo que se sumó la ofensiva del capital para que fueran los trabajadores los que absorbieran los enormes costos del desastre y de la enorme tarea de reconstrucción.

En particular el mayor peligro que existió fue la forma y magnitud de los recursos que se usaron para atender un gran número de necesidades. En esos días, se anunció, por ejemplo, que la Secretaría de Turismo destinaría 15 000 millones de pesos para apoyar la reconstrucción hotelera, pero no se fue tan expedito, respecto a la ayuda para la reconstrucción de viviendas. En otras palabras, los trabajadores debieron estar avisados del destino de los recursos, evitando el favoritismo e influyentismo de los medios oficiales ante sectores y grupos pudientes.

Pero como la magnitud del desastre fue tan grande que el concurso de la sociedad se impuso en forma lógica y natural para hacer frente a las tareas inmediatas que surgieron después del sismo. No podía quedarse impávida la población a esperar que los insuficientes recursos humanos y financieros del Estado, hicieran frente por sí solos a resolver con urgencia las tareas que surgieron de la destrucción. Para la población afectada directa o indirectamente era una durísima y amarga lección en el sentido de que le entraba a las tareas inmediatas al rescate de víctimas, o la tragedia podía hacerse todavía mayor. Por ello fue rápida, espontánea y urgente su movilización.

Lo anterior dejó un conjunto valioso de experiencias, que se podrían resumir en una sola frase: elevación de su conciencia social, de su responsabilidad y de acrecentamiento de su confianza en la capacidad social de resolución de problemas, como los derivados en éste caso por el sismo. De ahí que poco a poco, o bien se fortalecieron los organismos sociales o políticos de los ciudadanos del Distrito Federal, o se crearon nuevos organis-

mos. Todo ello paulatinamente fue conformando una fuerza política de carácter popular al margen y en forma independiente del Estado, aun cuando su fuerza y capacidad de movilización y de presión social esté dispersa. Pero existe y se deja sentir desde hace once años, con lo cual se contribuye a la necesaria y cada vez más indispensable democratización de la vida política y social de la nación.

Los sismos y la crisis

A los ya de por sí graves problemas que se habían suscitado por la crisis que irrumpió incontinentemente, ya que sólo había sido soterrada por el auge petrolero de 1978-1981, había que sumar los efectos devastadores que provocaron los sismos del 19 y 20 de septiembre del año de 1985, con lo cual la situación se agravó rápidamente y en una escala de colosales proporciones no previstas.

Los costos del desastre fueron muy difíciles de calcular durante las primeras semanas después del sismo, puesto que no era fácil inventariar todo lo destruido, amén de que los cambios habidos para relocalizar oficinas y empresas, dentro de la ciudad y en diversas partes del país, hacía los gastos más altos pero muy difíciles de estimar.

Aun cuando la CEPAL calculó el monto de la destrucción en unos 5 000 millones de dólares, es probable que la cifra sería mucho mayor en virtud de las razones mencionadas previamente. Desde luego que estas cifras no incluyen las pérdidas de vidas humanas puesto que éstas no se pueden estimar en moneda.

Como las escenas de la destrucción parcial de la Ciudad de México y la muerte de varios miles de ciudadanos, heridos, aplastados con vida, corrieron rápidamente por todo el mundo, ello influyó también a los acreedores internacionales de México, cuya deuda pública externa ya frisaba por arriba de los 80 000 millones de dólares. Los bancos comerciales de tipo internacional, aceptaron la condonación de 900 millones de dólares, poco más del 1% del total de la deuda externa, con el objeto de aliviar un tanto el pesado fardo que significa pagar la deuda externa.

Para tener una idea que permita comparar el costo del sismo de 1985 con los pagos anuales de la deuda externa conviene hacer las siguientes comparaciones: como se recordará durante la década pasada, el país estuvo haciendo pagos que estuvieron entre los 8 000 y los 14 000 millones de dólares por año. *Si la CEPAL calculó el costo del sismo en unos 5 000 millones de dólares, de hecho, México por los pagos de la deuda externa ha tenido el equivalente, grosso modo calculado, mínimamente a entre poco más de una vez y media el costo del sismo de 1985, y casi tres veces el costo de ese sismo cada año a lo largo de la década 1985–1995.* Es más, se estimó que en 1995, México pagaría al exterior por concepto de deuda, entre 40 000 y 50 000 millones de dólares. Aunque ninguna ayuda se puede menospreciar, como la que se concedió en esa fecha de 900 millones de dólares. lo cierto es que se trató de una cantidad mínima.

Como la reconstrucción de lo destruido por los sismos de 1985 se ha tenido que llevar a efecto sin que el país deje de pagar sus obligaciones financieras, esta sangría tan fuerte para la economía nacional, sin duda fue una de las más grandes limitaciones que han impedido una cabal reconstrucción de las partes destruidas de la enorme ciudad. Así como de otras vastas inversiones requeridas para restituir amplias franjas de la planta industrial afectadas por la crisis actual.

A nuestro juicio, faltó voluntad política del gobierno de Miguel de la Madrid, para que desde una posición política firme, planteara a los banqueros internacionales la prórroga del pago de la deuda externa mientras no se lograra una restitución de por lo menos la mitad de lo destruido. Decimos esto porque a nuestro juicio había condiciones políticas internacionales para lograrlo, ante la magnitud de la tragedia provocada por el sismo.

Pero así como faltó voluntad política para plantear la sus pensión temporal de los pagos de la deuda externa, ante la magnitud de la tragedia, tampoco la hubo de parte de Miguel de la Madrid, para elevar las cargas fiscales para los estratos de la población de mayores ingresos, a fin de hacer frente al aumento del gasto y la inversión pública requeridos para afrontar las necesidades derivadas de la destrucción del sismo.

Prolongación de la crisis y desastres naturales

A once años del gran terremoto de 1985 se conmemoró el luctuoso aniversario con una serie de eventos en donde en distintas formas y organizadas por diversas fuerzas sociales —incluidas las que hizo el DDF— se recordó a las víctimas y se volvió a plantear la necesidad de avanzar en las medidas preventivas de desastres similares y que pudieran ser tan infaustos como el del sismo del 1985.

Seguramente mayor realce social hubieran tenido estos actos de conmemoración de la tragedia de 1985, si no hubiera estado de por medio el tremendo impacto que ha tenido sobre la población del país la prolongación de la crisis, la que ha afectado al país a lo largo de los últimos once años y que tuvo una rápida y devastadora aceleración en el curso de los primeros nueve meses del año de 1995. La crisis de 1995–1996, ha dejado una estela de efectos tan negativos sobre los mexicanos que en parte semi-opacó la conmemoración del gran número de víctimas y daños materiales que provocó el sismo de 1985.

Como se recordará muchos de los problemas que afectaban ya a México en el momento de ocurrir el siniestro de 1985 empezaban a dejar sentir sus efectos negativos, como consecuencia de la desaparición del auge petrolero, con la incesante disminución de los precios del petróleo, de un lado y con la instauración de medidas de corte neoliberal entre las que figuraban muy destacadamente, medidas como la restricción salarial, la disminución del gasto en salud y la contracción en el gasto de educación. Lo cierto es que hace once años, si bien la economía mexicana ya estaba en el marco estructural de una crisis de largo aliento, sus estragos no habían sido tan fuertes y pronunciados como los que están presentes a once años después de los terremotos. Seguramente un rápido recuento de los efectos de la crisis actual le dará apoyo a tal afirmación. Veamos.

El acrecentamiento de la desocupación, la disminución de las jornadas de trabajo en muchas fábricas, la disminución incesante de los salarios, el aumento de violaciones a los contratos colectivos del trabajo, el cierre de empresas, la disminución del gasto público en salud y en la educación, con una deuda externa cada vez mayor, aumento de la cartera vencida de los bancos comerciales, fuerte endeudamiento de los mismos en

dólares, los que día con día son más caros, creciente vulnerabilidad de México ante su total dependencia de los vaivenes y movimientos especulativos del capital financiero, prevalencia de precios bajos en el producto de exportación mas importante del país: el petróleo y para colmo de males, entrega de la factura petrolera de exportación al Banco de la Reserva Federal de Estados Unidos, en garantía del préstamo de los 20 000 millones de dólares. Así también se continúa el desmantelamiento de empresas públicas y se sigue manejando la cosa pública como la "cossa nostra", el incremento de la delincuencia individual y la de nuevo signo: la altamente organizada que cuenta con armamento de alto poder, lo que acelera el temor de la población respecto a posibles asaltos en los hogares o de tipo callejero, o el temor derivado por el abuso de autoridad producto de la prepotencia policiaca.

A toda esta cauda de problemas económicos y sociales hay que agregar otros de no poca monta: paulatino agotamiento de las formas de gobernar a México que han estado vigentes a lo largo de décadas, con fuerte pérdida de base social del partido oficial, lo que ha causado un aumento de la inestabilidad política de la nación, con su secuela, entre otros signos negativos, de asesinatos no aclarados de personajes importantes de la vida pública, así como de asesinatos y matanzas de campesinos en varias partes del país. Otro fenómeno presente pero que afecta negativamente en la vida social del país es el creciente peso de la *narco-política*, fenómeno que no se había visto en el país, salvo en regiones muy localizadas.

En 1985 tampoco se había desatado tan fuertemente la hostilidad de autoridades migratorias de Estados Unidos y de grupos políticos de derecha del vecino país, en contra de los mexicanos en general, pero en especial en contra de los indocumentados. Todo esto a pesar de haberse incorporado artificialmente a México en el TLC, tratado que supuestamente, según los portavoces de la administración de gobierno de Carlos Salinas, llevaría a México a ser parte del "Primer Mundo".

En 1985 desde luego había ya un creciente malestar entre ciertos núcleos de la población indígena del país la que ha sido víctima de la explotación y discriminación desde hace siglos, pero desde 1994 estalló una guerrilla planteando como bandera de lucha una serie de justas reivindicaciones sociales para los

indígenas, guerrilla que, aunque pareciera que militarmente no tiene perspectiva de triunfo, si ha tenido un impacto social y político en el curso de los acontecimientos nacionales.

Asimismo, el conjunto de ilusiones que se forjaron en la población a lo largo de los dos sexenios anteriores, el de Miguel de la Madrid Hurtado y el de Carlos Salinas de Gortari con el modelo neoliberal, continuado por Ernesto Zedillo Ponce de León, hoy se han venido abajo ya nadie cree en el neoliberalismo con algunas excepciones como altos funcionarios de los gobiernos mexicano y de Estados Unidos y algunos teóricos y otros portavoces de la empresa privada quienes parcialmente creen en dicho modelo. De este modo ha perdido su base social de apoyo.

El programa neoliberal hoy tan desprestigiado en el país sigue vigente por dos razones básicas: a) quienes lo sustentan e impulsan tienen el poder y también cuentan, por lo menos hasta hoy, con el apoyo de la administración de William Clinton, presidente de Estados Unidos; b) los amplios sectores sociales que han sido afectados por el neoliberalismo y que se le oponen, no están lo suficientemente organizados y con la necesaria fuerza social que les permita ser capaces de presionar fuertemente a fin de que el gobierno de México modifique sustancialmente el rumbo de la nación.

De este modo y mientras sigan así las cosas, todo mundo esta acicateado en la lucha por sobrevivir. Por eso no es de extrañarse que la conmemoración de la tragedia de 1985 resultó un tanto opacada por la intensidad de la crisis de 1995-1996.

Durante los once años transcurridos ha habido desastres naturales en el país. Ninguno de ellos ha traído la estela de muerte y destrucción que trajo el sismo de 1985. Por otro lado, también se debe señalar que la crisis del 1995-1996, no ha tenido los efectos tan nefastos que tuvo el sismo de 1985 en términos de personas muertas, heridos y lisiados, aunque de prolongarse la crisis actual —que si puede ocurrir— entonces el número de muertos y personas afectadas, puede sobrepasar a los que hubo en 1985.

Los desastres naturales que han afectado al país en el curso de 1985-1996, como ciclones, temblores, inundaciones, como por ejemplo el huracán *Gilberto*, que si afectó a una parte importante del territorio nacional y provocó muchas muertes,

ninguno ha sido tan devastador y de efectos tan prolongados como lo ha sido la crisis actual.

En otras palabras, la sociedad mexicana ha sido víctima tanto de desastres de origen natural como de los que se originan por causas sociales, pero no nos queda duda en ésta ocasión, que es más fuerte el daño que nos hacemos los humanos entre sí que los que nos provoca la naturaleza. Pero hay que añadir un fenómeno más que sólo de paso aquí mencionaremos en el sentido de que también la acción humana está dañando a la naturaleza. Nada más que cuando físicamente se llega a los límites de su resistencia, la naturaleza se cobra inmediatamente en los propios seres humanos. Se señala esto, pues la Ciudad de México es víctima potencial de nuevos desastres causados por la creciente contaminación del aire, pero también del suelo y aguas, que pudiera cobrar miles de víctimas. En este caso es el daño que en forma creciente le hacemos a la naturaleza. Dichos desastres potenciales serían derivados de la torpeza, ignorancia e irresponsabilidad colectivas, en donde las autoridades gubernamentales juegan un papel protagónico que no se puede menospreciar.

En efecto, en vez de poner en el centro de las preocupaciones de política económica y social, la atención a los daños que la crisis actual provoca a la planta productiva, aunados a los daños que nos ha causado la naturaleza y agregando los que le causamos a la naturaleza por nuestras propias acciones, las que aunadas requieren de enormes inversiones, las autoridades gubernamentales se dan como tarea prioritaria, la de pagar la deuda externa por encima de cualquier otro objetivo. He ahí la gran tarea que como mexicanos tenemos que superar para que el esfuerzo productivo que se lleva a efecto, fuente y origen del ahorro nacional, sirva para afrontar este tipo de tareas, antes de que otra gran tragedia azote a la Ciudad de México, o para el caso a cualquier otra región del país.